

ñado del P. Soria, y se dirigió á las de sus generales D. Miguel Miramon y D. Tomás Mejía, diciéndoles: «¿Están Vds. listos, señores?» Ambos generales se adelantaron, contestando: «Sí, señor.»

El emperador les abrazó, y en seguida bajaron la escalera, marchando por delante Maximiliano con paso firme y corazón sereno. Al llegar á la puerta, se paró bajo el dintel de ella mientras llegaban sus dos compañeros de desgracia, y contemplando la brillantez del cielo, dijo á su confesor: «¡Qué día tan hermoso! Así lo había deseado yo siempre para el día de mi muerte.»

Tres coches de alquiler, que eran el número 10, el 13 y el 16, estaban dispuestos fuera para conducir á los sentenciados. El emperador, acompañado del P. Soria, entró al primero; el general D. Tomás Mejía, en union del virtuoso sacerdote Ochoa, entró al segundo, y el general D. Miguel Miramon ocupó el tercero, acompañándole el respetable P. Ladron de Guevara.

Inmediatamente se emprendió la marcha hácia el lugar de la ejecucion, caminando á la vanguardia una escolta de caballería, y detrás de los tres coches otra fuerza respetable. Un número considerable de hombres y de mujeres del pueblo se agolpaba, triste y silencioso, á ver por la última vez al emperador, á quien la poblacion de Querétaro consagraba un profundo afecto, y al general Mejía, que siempre disfrutó de notable popularidad en aquella poblacion. Las azoteas y los balcones de las calles que trazadas del Este al Oeste conducen del ex-convento de Capuchinas de donde fueron sacados los tres sentenciados, al llano donde se levanta el Cerro de las Campanas, se hallaban apre-

tadas de gente, en cuyos semblantes estaban pintados la pena y el dolor.

1867.

Janio.

Media hora despues de haber sido sacados de la prision, llegaron las víctimas al sitio destinado á la ejecucion. Serian entonces como las siete y cuarto de la mañana. El emperador fué el primero que salió del carruaje, y dirigiéndose á Miramon y Mejía que sucesivamente bajaron de los suyos, con sus respectivos sacerdotes, les dijo con suma cortesía, adelantándose al lugar en que los tres iban á recibir la muerte: «Vamos, señores;» y avanzaron con firme paso, por el centro del cuadro de cuatro mil hombres, hasta llegar al punto del suplicio. Allí Maximiliano, dirigiendo la palabra á los soldados encargados de disparar sobre él la descarga de muerte, les dijo que le apuntasen bien al corazón, y dió á cada uno de ellos un *maximiliano*, que era una moneda de oro de veinte duros, que se denominaba así, porque estaba grabado en ella el retrato del emperador. El oficial que mandaba el piquete destinado á su ejecucion, le dijo que le perdonase aquel acto doloroso que se veía obligado á cumplir. Maximiliano, con afable dulzura, le contestó: «Jóven oficial, nada tengo que perdonaros: un militar cumple con su consigna; agradezco en el alma los generosos sentimientos de su corazón, y me complazco en manifestarle que le aprecio.»

Despues de estas palabras, abrazó á Miramon y Mejía, diciéndoles: «Dentro de breves instantes nos veremos en el cielo.»

En los momentos de colocarse en sus lugares respectivos, de los cuales el del centro pertenecía al em-

perador, Maximiliano, conservando su serenidad y sangre fría hasta el último instante, así como su aprecio hácia Miramon, dijo á éste: «General, un valiente debe ser admirado hasta por los monarcas: antes de morir quiero ceder el lugar de honor;» y le hizo que se colocase en el centro. Dirigiéndose luego á D. Tomás Mejía, le dijo: «General, lo que no se premia en la tierra, lo premia Dios en la gloria.»

1867. Después, adelantándose algunos pasos, Junio. y alzando la voz para ser oído de todos, exclamó con sonoro y firme acento: «Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de Méjico. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva Méjico! (1)»

El general D. Miguel Miramon, conservando el valor, la energía y la entereza que siempre le habían distinguido aún en los mayores peligros dirigió serena una mirada al cuadro de cuatro mil soldados que estaba formado, así como al pueblo que detrás de ese cuadro se hallaba triste y afligido, y pronunció con voz clara y firme las siguientes palabras: «Mejicanos: En

(1) Las palabras arriba puestas, son las que realmente pronunció Maximiliano. Después, algunos le han atribuido la siguiente alocución que la trae el príncipe de Salm Salm en sus *Memorias*, pero que no fué la que pronunció. «¡Mejicanos! Las personas de mi clase y origen son nombradas por Dios ó por la felicidad de los pueblos, ó para ser mártires. Llamado por parte de vosotros, vine para el bien del país; no vine por ambición; vine animado de los mejores deseos por el porvenir de mi patria adoptiva, por el de los valientes á quienes antes de morir agradezco sus sacrificios. ¡Mejicanos! que mi sangre sea la última que se derrame, y que ella regenere este desgraciado país.»

»el consejo, mis defensores quisieron salvar mi vida. »Aquí, pronto á perderla, cuando ya no me pertenece, »cuando voy ya á comparecer delante de Dios, protesto contra la nota de traición que se ha querido arrojar para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de ese crimen, y perdono á los que me lo imputan, esperando que Dios me perdone, y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva Méjico!»

Después de pronunciadas las anteriores palabras, cada uno de los tres sentenciados ocupó el puesto respectivo; esto es, D. Miguel Miramon en medio, por haberle cedido el emperador, como hemos visto, el lugar de preferencia, como en prueba de singular distinción; Maximiliano á su derecha y el general D. Tomás Mejía á su izquierda. Los tres tenían la vista descubierta sin vendar los ojos. El emperador se quitó el sombrero y se limpió la frente con el pañuelo, dando

1867. ambos objetos á su criado Tudos para que Junio. los llevase á su madre la archiduquesa Sofía; separó su rubia y larga barba con ambas manos, echándola hácia los hombros, y mostrando el pecho á los soldados que debían hacer fuego sobre él, les encargó que no le diesen en la cara. El general don Miguel Miramon, señalando con la mano el sitio del corazón, dijo: «aquí,» y levantó la cabeza. El general don Tomás Mejía nada dijo; y cuando vió que los soldados encargados de la ejecución iban á hacer fuego, separó de su pecho la mano en que tenía el crucifijo, y esperó sereno la descarga.

Les tres iban á recibir á un mismo tiempo la muerte. Los soldados tendieron sus fusiles y apuntaron al

pecho de las víctimas... La multitud sintió correr un frío glacial por sus venas... El oficial á quien se había encargado la ejecucion, hizo la señal de fuego... Una descarga se oyó en seguida... y tres cuerpos cayeron en tierra, atravesados el pecho por las balas...

Eran entonces las siete y cinco minutos de la mañana.

El emperador cayó del lado derecho, pero no enteramente muerto, pues pronunció tendido estas palabras: «hombre, hombre,» moviéndose ligeramente. Entonces el oficial le colocó boca arriba, y señalando á uno de los soldados el punto del corazon, recibió el golpe de gracia. Tambien sobre el general Mejía fué preciso hacer dos disparos más para que acabase de morir. La muerte del general D. Miguel Miramon fué instantánea.

Un profundo y solemne silencio sucedió por algunos momentos á la descarga que privó de la vida á Maximiliano y sus dos generales. Poco despues, las voces de mando dadas por los jefes de las tropas que habían formado el cuadro, y el sonido de las cornetas y tambores que tocaban marcha, se dejaron escuchar. Los soldados, formaron en hileras, y regresaron á la ciudad, cuyos habitantes se hallaban conmovidos por la dolorosa escena que acababa de verificarse.

Entre tanto los tres cadáveres habían sido colocados respetuosamente en sus respectivas cajas, como había ordenado el gobierno. El del general D. Miguel Miramon, fué entregado á su esposa, en virtud de haberlo pedido ella; y el de D. Tomás Mejía á la suya, que tambien había pedido aquella gracia.

El cuerpo del emperador fué colocado en una caja



J. F. Ferrer - Editor.

M. Pineda - Barcelona.

Maximiliano

pecho de las víctimas. La multitud sintió correr un frío glacial por sus venas... El oficial á quien se había encargado la ejecución, hizo la señal de fuego... Una descarga se siguió al instante... y tres cuerpos cayeron en tierra, heridos en el pecho por las balas...

Esta escena duró solo y cinco minutos de la mañana.

El emperador cayó del lado derecho, pero no entendiendo la orden, prosiguió diciendo estas palabras: "¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!" moviéndose ligeramente. Entonces el oficial se volvió hacia arriba, y señalando á uno de los soldados el punto del corazón, recibió el golpe de gracia. Después sobre el general Mejía fué pronto hecha una descarga más para que acabase de morir. La muerte del general D. Miguel Miramón fué instantánea.

Un profundo y solenne silencio sucedió por algunos momentos á la descarga que privó de la vida á Maximiliano y sus dos generales. Poco despues, las voces de mando dadas por los jefes de las tropas que habían formado el cuadro, y el sonido de las cornetas y tambores que tocaban marcha, se dejaron escuchar. Los soldados formaron en hilera, y regresaron á la ciudad, cuyos habitantes se hallaban conmovidos por la dolorosa escena que acababa de verificarse.

Entre tanto los tres cadáveres habían sido colocados respetuosamente en sus respectivas cajas, como había ordenado el gobierno. El del general D. Miguel Miramón, fué entregado á su esposa, en virtud de haberlo pedido ella; y el de D. Tomás Mejía á la suya, que también había pedido aquella gracia.

El cuerpo del emperador fué colocado en una caja



J. F. Párres - Editor.

Lit. M. Pujadas - Barcelona.

Maximiliano

1867. de zinc, y depositado en un punto digno,
Junio. hasta que lo pidiese su familia, pues aunque el señor Magnus, representante de Prusia, el Dr. Basch y el baron de Lago, representante de Austria, pidieron el cadáver para conducirlo á Europa, el gobierno de D. Benito Juarez juzgó conveniente no entregarlo sinó á la persona que indicase su familia.

Es verdaderamente sensible que el príncipe D. Félix de Salm Salm en sus *Memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, haya sentado que el cuerpo del emperador «lo guardó el gobierno republicano para una especulacion baja.» La verdad histórica exige que se diga que no hubo especulacion ninguna en guardar el cadáver del emperador de parte del gobierno de D. Benito Juarez ni de ningún individuo del ejército republicano. El presidente, léjos de especular con el cadáver, dió orden de que el embalsamamiento se hiciera de cuenta del gobierno, así como las cajas de madera y zinc, y los actos religiosos acostumbrados. No es, pues, justo atribuirle una especulacion indigna que estuvo muy léjos de imaginar siquiera. En este punto, el príncipe de Salm Salm estuvo mal informado, y no lo estuvo mejor al asegurar que el cuerpo fué colocado «en cajon de palo muy comun,» cuando en la instruccion tercera que D. Benito Juarez dió al general en jefe D. Mariano Escobedo, le ordenó que «mandase hacer cajas de zinc y madera, para guardar de un modo conveniente el cadáver de Maximiliano.»

Algunas horas despues de haber sido conducido el cuerpo del emperador de una manera decorosa á un